

Chapter Title: Lógicas del pensamiento conspirativo: aproximaciones teóricas

Book Title: América Latina tras bambalinas

Book Subtitle: Teorías conspirativas, usos y abusos

Book Author(s): Leonardo Senkman and Luis Roniger

Published by: Latin America Research Commons. (2019)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/jj.1431194.5>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License (CC BY-NC 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>.



JSTOR

Latin America Research Commons is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *América Latina tras bambalinas*

CAPÍTULO I

Lógicas del pensamiento conspirativo: aproximaciones teóricas

Quienes piensan lógicas conspirativas suponen la existencia de una causalidad histórica unívoca, operada por fuerzas sociales siniestras y poderes subterráneos cuyos motivos son nefastos. Con tal visión de mundo, sugieren una visión crítica que otros no cuestionan y aceptan con candidez. Ante todo, los conspiracionistas consideran que mientras los ingenuos confían en las instituciones existentes, enemigos internos y los externos tramán en forma encubierta proyectos de dominación o destrucción. En estas circunstancias, quienes creen reconocer conjuras e intrigas, asumen el supremo deber de poner en alerta a los ingenuos, desenmascarando la trama conspirativa a fin de salvar la integridad de la nación, su espíritu colectivo, o aún a la humanidad en su totalidad.

La visión conspirativa propone aproximarse a la realidad política e histórica desconfiando de las apariencias y afirma una teoría sobre los poderes paralelos. De ello deriva una serie de premisas, a saber:

1. existen fuerzas del mal que actúan clandestinamente; estas fuerzas acechan, seducen, penetran y controlan el pensamiento de las masas, socavando la integridad social, psíquica o biológica de la sociedad, mientras ocultan sus planes de dominación o destrucción;
2. nada sucede al azar en el devenir histórico; la historia tiene un sentido, y ese sentido no está dado por fuerzas estructurales sino por una confrontación de voluntades o designios individuales, y la pregunta central es cuál voluntad/designio habrá de primar;
3. las instituciones son inefectivas porque no toman conciencia del peligro. Por tanto, resultan ineficaces para enfrentarlo; es más, diversos sectores sociales colaboran, ingenua o maliciosamente, con aquellos que procuran afectar la trama social y moral de la sociedad;

Cómo citar este capítulo:

Roniger, L. y Senkman, L. 2019. *América tras bambalinas. Teorías conspirativas, usos y abusos*. Pp. 13-26. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book2>. Licencia: CC BY-NC 4.0

4. el corolario es que fuerzas alternativas deben movilizarse para confrontar a los poderes ocultos, derrotar su avieso plan de dominio y defender, así, la identidad nacional o incluso el bien de la humanidad;

5. la confrontación no es una mera competencia por el poder, aunque se centre en la política, ya que su lucha se libra en términos de valores morales, en algunos casos adquiriendo un simbolismo casi apocalíptico.

Se trata, pues, de una lógica que denota una visión de mundo y genera un modo explicativo y narrativo conspirativo, que intenta transformarse en un mito movilizador. Aunque crea —en términos de Max Weber— una racionalidad funcional-instrumental orientada al logro de objetivos (*Zweckrationalität*), el conspiracionismo se conjuga con una racionalidad valorativa (*Vertrationalität*), vale decir, una racionalidad substantiva que profesa la defensa de prioridades valorativas (Weber 1974). En el caso de las mentalidades conspirativas, su racionalidad lleva a posicionarse frente al universo y adoptar líneas de acción concebidas en términos morales dicotómicos, mediante una confrontación de posibles consecuencias imponentes.

Dado que las tramas imaginadas por quienes ostentan una visión conspirativa del mundo exageran y distorsionan a menudo la realidad, hubo autores que destacaron su similitud con estados psicológicos delirantes o paranoicos. Analizando la cultura política norteamericana, el historiador Richard Hofstadter identificaba en ella corrientes de pensamiento paranoico, usando el término en forma metafórica para caracterizar a un fenómeno de naturaleza colectiva:

Los escritos paranoicos comienzan con algunas apreciaciones defendibles [...] y con una cuidadosa acumulación de datos, o al menos datos aparentes, y ordenan esos datos hasta presentarlos como una “prueba” irrefutable de la conspiración que se intenta establecer [...] Si no es totalmente racional, al menos la mentalidad paranoica es racionalista: cree estar ante un enemigo infaliblemente racional y completamente malévol, e intenta igualar tal capacidad plena con la suya propia, sin dejar nada sin explicar y hasta abarcar toda la realidad en una teoría comprehensiva y consistente. [...] Lo que distingue, pues, el estilo paranoico no es la ausencia de ciertos datos discretos verificables (aunque la pasión extravagante de los paranoicos suele llevarlos a inventar la “realidad”) sino más bien el salto de la imaginación en cómo articulan críticamente aquellos datos (Hofstadter 1963, 36-37, nuestra traducción).

El experto en Derecho Penal Jorge Contreras Ríos ha destacado tanto el carácter amenazador como la funcionalidad política de las teorías conspirativas:

Giran alrededor de amenazas desconocidas, que alteran la normalidad, con datos reales y casi siempre insuficientes. Son algo que no le gusta a la sociedad, el que les avisen de un peligro, del que desconocen su

naturaleza, para lo que no estamos preparados ni biológica ni psicológicamente. Siempre muestran un villano. Buscan acentuar una sensación de desamparo. Denotan [...] una falta de control de lo que ocurre alrededor. Siempre, casi siempre, tienen un principal *beneficiario político* (Contreras Ríos 2015).

Las teorías conspirativas encuentran un terreno fecundo para su desarrollo bajo ciertas condiciones. Ante todo, cuando se crea un profundo sentimiento de crisis alimentado por problemas socioeconómicos, inestabilidad política, sentido de fractura cultural y debilidad institucional. Frente a la ansiedad generada, quienes comparten la mirada conspirativa contraponen la certeza de que, una vez que las fuerzas del mal sean desenmascaradas y se revelen sus malévolos designios, será posible desafiar y vencer al enemigo, ya fuere un enemigo interno o bien externo, o una confabulación que incluya a ambos.

Cuando existe desconfianza de las instituciones, de las autoridades, de los medios y aun de la ciencia, ello suma funcionalidad a quienes buscan explicar en términos conspirativos la ineficacia e inoperancia de los marcos institucionales para proteger a la sociedad.

No por acaso en el continente americano se recibió con entusiasmo y fueron difundidos ampliamente textos que expresaban y propagaban la visión de que, por diferentes motivos e intereses, las apariencias engañan y ocultan realidades más profundas, incluyendo la existencia de sociedades secretas. En las décadas de 1960 y 1970, fue paradigmática la recepción en América Latina de la obra de Louis Pauwels y Jacques Bergier. Sus libros y ensayos traducidos del francés fueron impresos en decenas de miles de copias y leídos con sumo interés durante la Guerra Fría, en coincidencia con la fascinación del *boom* y la curiosidad popular por reconocer la existencia de historias alternativas, civilizaciones ultraplanetarias y sociedades secretas, pero que las instituciones preferirían ignorar y ocultar. Pauwels y Bergier abrían el prólogo de *La rebelión de los brujos* con la siguiente afirmación antinómica:

Nuestra civilización, como toda civilización, es un complot. Numerosas divinidades minúsculas, cuyo poder sólo proviene de nuestro consentimiento en no discutirlos, desvían nuestra mirada del rostro fantástico de la realidad. El complot tiende a ocultarnos que hay otro mundo en el mundo en que vivimos, y otro hombre es el hombre que somos. Habría que romper el pacto, hacerse bárbaro. Y, ante todo, ser realista. Es decir, partir del principio de que la realidad es desconocida. Si empleásemos libremente los conocimientos de que disponemos; si estableciésemos entre éstos relaciones inesperadas; si acogiésemos los hechos sin prejuicios antiguos o modernos; si nos comportásemos, en fin, entre los productos del saber con una mentalidad nueva, ignorante de los hábitos establecidos y afanosa de comprender, veríamos a cada instante surgir lo fantástico al mismo tiempo que la realidad (prólogo, Pauwels y Bergier, 1972).

Similarmente, el breve y tenebroso “Informe sobre ciegos” incluido en *Sobre héroes y tumbas* (1961), la segunda novela del argentino Ernesto Sabato, invitaba a ser leído incluso como una alegoría de la existencia de redes subterráneas que disfrazaban sus intenciones conspirativas, mientras manipulaban y engañaban a los ingenuos. *Sobre héroes y tumbas* llegó a ser considerada popularmente “la mejor novela argentina del siglo xx y una de las obras cumbres de habla hispana” (véase <http://bit.ly/2YvTQin>). Esta valoración en Wikipedia se basa en una opinión ampliamente difundida. Recordemos: el ficticio autor del “Informe” estaba consternado obsesivamente por la existencia de una organización de ciegos que, como otras logias y sectas secretas, supuestamente manobraban clandestinamente en las tinieblas con el designio de controlar y dominar a la sociedad:

esas logias y sectas que están invisiblemente difundidas entre los hombres y que, sin que uno lo sepa y ni siquiera llegue a sospecharlo, nos vigilan permanentemente, nos persiguen, deciden nuestro destino, nuestro fracaso y hasta nuestra muerte. Cosa que en grado sumo pasa con la secta de los ciegos, que, para mayor desgracia de los inadvertidos tienen a su servicio hombres y mujeres normales: en parte engañados por la Organización; en parte, como consecuencia de una propaganda sensiblera y demagógica; y, en fin, en buena medida, por temor a los castigos físicos y metafísicos que se murmura reciben los que se atreven a indagar en sus secretos (Sabato 1998 [c. 1961], 3).

El supuesto relator del “Informe” destacaba la conexión entre el carácter subterráneo de dicha organización y el propósito moralmente nefasto que animaba a sus miembros:

esos usurpadores, especie de chantajistas morales que, cosa natural, abundan en los subterráneos, por esa condición que los emparenta con los animales de sangre fría y piel resbaladiza que habitan en cuevas, cavernas, sótanos, viejos pasadizos, caños de desagües, alcantarillas, pozos ciegos, grietas profundas, minas abandonadas con silenciosas filtraciones de agua; y algunos, los más poderosos, en enormes cuevas subterráneas, a veces a centenares de metros de profundidad, como se puede deducir de informes equívocos y reticentes de espeleólogos y buscadores de tesoros; lo suficiente claros, sin embargo, para quienes conocen las amenazas que pesan sobre los que intentan violar el gran secreto (Sabato 1998 [c. 1961], 3-4).

Quien había pergeñado el Informe afirmaba ser consciente del peligro, pero no podía sino reconocer “la realidad” en lugar de ignorarla crédulamente en aras de evitar caer víctima de quienes intentaban mantener a la sociedad en su ignorancia. Así, afirmaba que no pudo sino “despertarme de mi insensato

sueño, para advertir que mi existencia anterior había terminado como una estúpida etapa preparatoria, y que ahora debía enfrentarme con la realidad” (Sabato 1998 [c. 1961], 2).

La existencia de realidades alternativas constituye un mitema de hondo anclaje en las sociedades occidentales, reflejado en las artes y letras, con un amplio atractivo en películas como *Sliding Doors* (1998, dirigida por Peter Howitt y protagonizada por Gwyneth Paltrow y John Hannah) y novelas como *The Plot against America* de Philip Roth (2004). Esta última transformaba en altamente plausible la elección de Charles Lindbergh en lugar de Franklin Delano Roosevelt, quien en realidad recibió la nominación de la candidatura del Partido Republicano a la presidencia de Estados Unidos en 1940.

En su novela, Roth describe la incertidumbre de tal desenlace alternativo sobre quienes, como él y su familia, se verían presionados y marginalizados bajo un presidente como Lindbergh que simpatizaba con Hitler y que, según la trama narrativa, habría de firmar un tratado con la Alemania nazi y con el Japón imperial, mientras desplazaba a los judíos hacia zonas rurales de Estados Unidos, “a fin de americanizarlos”. Las críticas que expresa una personalidad radiofónica ante tales políticas presidenciales generarían violencia antisemita. Cuando Lindbergh desaparece viajando en su avión personal, los alemanes advierten acerca de la existencia de una megaconspiración judía para tomar el poder en Estados Unidos, y nuevos actos de violencia y medidas antijudías son adoptadas. Tales actos terminan solamente cuando la viuda de Lindbergh lanza un llamado a retomar una conducta cívica. Mientras tanto, Franklin Delano Roosevelt es reelecto, los japoneses atacan Pearl Harbor y Estados Unidos ingresa a la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, una tía hace partícipe a su sobrino de una teoría conspirativa alternativa sobre la desaparición de Lindbergh. Según ella, los nazis habrían raptado al hijo del presidente, exigiendo por su rescate que Lindbergh llevara adelante la “solución final” contra los judíos en Estados Unidos; ante la renuencia de Lindbergh, los nazis habrían procedido a raptarlo y a difundir el mito de la conspiración judía, en un intento de volcar la opinión pública norteamericana contra los judíos. Mientras Roth admite que la teoría de su tía es un poco exagerada, agrega que no por ello es menos convincente que la paralela teoría conspirativa, la cual identificaba a los judíos como el centro de la conspiración mundial (Roth 2004).

En América Latina, a la credibilidad de realidades alternativas suele sumársele lo clandestino, la construcción de un complot, tema tan ampliamente registrado por ejemplo en la narrativa argentina con tramas de conjuras en algunas ficciones de Roberto Arlt, Jorge Luis Borges y Macedonio Fernández (Arlt 1968 [c. 1930], Piglia 2018).

Tal lógica de pensamiento se ha difundido entre amplios sectores. Quienes sustentan teorías conspirativas asumen a menudo que los expertos ocultan evidencias; que los medios propagan mentiras y noticias falsas; que las instituciones han sido minadas desde adentro; y que las autoridades han sido copadas o engañadas por quienes urden su plan malévolos. No sorprende, pues, que

quienes promueven “verdades alternativas” puedan proclamar la imperiosa necesidad de luchar contra el enemigo oculto y retomar el control sobre el destino colectivo de la sociedad (sobre la ansiedad en la base de pensamientos conspirativos y su relación con la desconfianza en los expertos e instituciones, véase Giddens 1990, Beck 1992, Parish 2001).

A menudo colabora en tal escenario el debilitamiento del poder de convencimiento de las ideologías tradicionales, sin que disminuya por ello la búsqueda de una explicación macrohistórica y un mito movilizador amplio, sustentados en la indignación moral entre quienes están convencidos de la verosimilitud y autenticidad de la teoría conspirativa.

Las teorías conspirativas piensan la realidad en base al simplista esquema explicativo que articulan. Son grandiosas por naturaleza, a menudo apocalípticas. Sistematizan detalles inconexos y construyen un meta-análisis de la realidad que, aunque inverosímil al ser minuciosamente analizado, puede llegar a ser creíble y, una vez compartido por muchos, resulta casi imposible deconstruirlo para la verificación de sus elementos objetivos.

Sadik Jalal al-Azm define tal invulnerabilidad de la mentalidad conspirativa frente a la evidencia empírica en los siguientes términos:

Quienes creen en una teoría conspirativa no pueden ser convencidos nunca de otra manera, no importa cuánta evidencia se acumule, porque tales teorías y explicaciones son impulsadas por las vueltas y contra vueltas de su propio impulso dialéctico —no importa cuán fantástico fuere— más que por cualquier cosa relacionada a la evidencia o hechos similares (Al-Azm 2011, 21 [nuestra traducción]).

Es más, la teoría conspirativa fagocita toda evidencia adversa, contraria, metamorfoseándola en argumentos que supuestamente confirman la validez de la teoría. Nuevamente, en palabras de Sadik al-Azm: “Todas las instancias contrarias, argumentos, piezas de evidencia, etcétera, se absorben inmediatamente en la propia teoría y se convierten en casos que confirman sus pretensiones” (Al-Azm 2011, 23 [nuestra traducción]).

En un libro sobre teorías conspirativas en Estados Unidos, Michael Barkun (2003) indica que las teorías conspirativas tienden a prevalecer en el contexto de lo que define como “saber estigmatizado”. Tal concepto remite a argumentos cuya veracidad es proclamada por quienes los expresan a pesar de la condena o estigmatización que tales argumentos merecen de parte de aquellas instituciones encargadas de certificar la diferencia entre conocimientos veraces y falsos, vale decir, de parte de las universidades, centros de investigación y comunidades científicas.

En el amplio concepto de “saber estigmatizado”, Barkun incluye las siguientes subcategorías:

- conocimientos *olvidados*, por ejemplo, el saber de la antigüedad que se ha perdido, no llegando a nuestros tiempos como consecuencia de un cataclismo u otras circunstancias;

- conocimientos *superados*, vale decir, aquellos que otrora eran considerados veraces pero que no resistieron a los nuevos avances y descubrimientos científicos;
- conocimientos *ignorados*: aquellos que persisten en grupos de bajo prestigio social y que no son considerados suficientemente serios por quienes dominan el saber;
- conocimientos *rechazados* explícitamente por su falsedad, como por ejemplo la existencia de secuestros de personas por seres extraterrestres que han invadido nuestro planeta sin que su presencia haya sido reconocida oficialmente;
- conocimientos *suprimidos*: aquellos que las instituciones científicas supuestamente reconocen como ciertos pero son negados por quienes temen las consecuencias de su revelación.

Según ese autor, dos características sobresalen en el saber estigmatizado: el destacado rol del subconocimiento suprimido y la base empírica en que se basan sus defensores. *Tal conocimiento tiende a fagocitar a todos los otros*. Porque cuando un conspiracionista percibe que su interpretación y el saber ortodoxo se contradicen, aducirá que las fuerzas institucionales han hecho todo lo posible por silenciar “la verdad” en aras de su mezquino beneficio, o bien por otro nefasto motivo. El sujeto conspiracionista sostiene que la verdad ha sido suprimida, ignorada, olvidada o marginalizada en virtud de una trama conspirativa. De acuerdo con Barkun,

[l]as teorías conspirativas funcionan tanto como parte del conocimiento suprimido como base de su estigmatización. En un sentido, las teorías conspirativas son un ejemplo de saberes suprimidos, ya que quienes creen en ellas están convencidos de que sólo ellos conocen la verdadera forma en que se maneja el poder y las decisiones son tomadas. Creen que quienes conspiran poseen el poder de mantener al resto de la población en la ignorancia. A otro nivel, las teorías conspirativas sostienen poder explicar por qué todas las formas del conocimiento estigmatizado han sido marginadas: supuestamente, quienes conspiran han usado su poder para ocultar la verdad. De ahí que quienes sostienen conspirativamente la distinción entre el (verdadero) saber oculto y la (falsa) ortodoxia confieren supuesta autenticidad a tramas tendientes a suprimir la verdad. Además, [atribuyen veracidad al conocimiento estigmatizado] por su supuesta base empírica. [...] En primer lugar, la mera estigmatización es tomada como evidencia de verdad, ya que, si no fuera por ello, ¿por qué otra razón se estigmatizaría una creencia si no fuere para ocultar la verdad? Al mismo tiempo [...] la literatura del saber estigmatizado imita entusiastamente el saber *mainstream* de las ciencias, apropiándose del aparato académico de elaboradas citas y referencias bibliográficas, [en especial] citándose recíprocamente con el resultado de que las mismas fuentes se repiten una y otra vez, lo cual produce un sentido de auto confirmación. Si se cita una fuente numerosas veces,

ello es prueba de verdad. [...] Las teorías conspirativas insisten en ser juzgadas con los cánones de prueba que son usados en el mundo que desechan y desconfían, el mundo académico e intelectual establecido (Barkun 2003, 27-29 [nuestra traducción]).

Ya el filósofo Karl Popper, en su libro *Conjeturas y refutaciones* (1963), indicaba cuán difícil es desestimar la veracidad de las teorías conspirativas. Ello, pues se basan en el supuesto de que la verdad ha sido suprimida maliciosamente. Popper destacaba que a menudo las personas no distinguen entre dos formas básicas de verificar la validez de toda información. Una, basada en el examen crítico de los errores en la información. La otra, basada en el origen de la información.

El asumir que la veracidad de la información depende de quién emite y enuncia la información, sus intereses y proyectos, lleva —indicaba Popper— a caer víctima del autoritarismo, ya sea en su vertiente liberal, fascista o comunista. Por el contrario, afirmaba el autor de *La sociedad abierta y sus enemigos* (1992, c. 1950), toda teoría debe ser verificada en base a observaciones y se debe partir del supuesto de que el conocimiento es la modificación de conocimientos previos, pero que, aunque importantes, ni la observación ni la razón deben ser reconocidas *a priori* como fuente de autoridad incontestable; que todo conocimiento abre espacio para nuevas incógnitas y dudas; y que todo conocimiento es humano, por tanto no es infalible, no está libre de posibles errores y prejuicios. Finalmente, que todo conocimiento debe ser sometido a la crítica y conducir a conjeturas, y no llevar a asumir certezas explicativas (Popper 1992 [c. 1950], Popper 1963, 24-29). Exactamente lo opuesto de las teorías conspirativas, para las cuales Popper ofrece una muy precisa definición:

La teoría de la conspiración es una perspectiva según la cual todo lo que se produce en la sociedad —incluidas las cosas que por regla general disgustan a la gente, como la guerra, el paro, la miseria, la penuria— es resultado directo de los designios de ciertos individuos o grupos poderosos. Esta opinión se halla muy extendida, aunque supone una superstición muy primitiva [...] En su forma moderna, es un resultado típico de la laicización de las supersticiones religiosas (Popper 1992, 94 [nuestra traducción]).

El problema se agudiza a medida que se profundiza la notable apertura interpretativa y la incertidumbre de las sociedades modernas. Junto con el importante auge de la autonomía personal, la creciente diferenciación estructural y psicológica, la fragmentación social y la creciente variabilidad de opciones de vida, aumentan asimismo la incertidumbre, la indeterminación de estilos de vida y el relativismo del posmodernismo. Este en particular opera abriendo espacios que sustentan la legitimidad de toda interpretación, por descabellada que fuere y aun remota de la intención originaria de un texto. Desde tiempos de la antigua Grecia y Roma se creía en la existencia de criterios de racionalidad

para identificar la lógica discursiva, por ejemplo, el principio de identidad ($A=A$), el principio de no contradicción (que es imposible que algo fuera A y $No-A$ al mismo tiempo) y el principio de exclusión del medio lugar (A es verdadero o falso y *tertium non datur*).

La racionalidad del pensamiento occidental basada en tales principios ha sido desafiada de tiempo en tiempo, pero fue en el cénit de la modernidad y más aun con el advenimiento del posmodernismo que su predominio dio lugar a múltiples lecturas de la realidad, algunas de ellas lindando en lo irracional, lo quimérico y lo conspirativo. No por acaso el semiólogo y escritor Umberto Eco lidiaba con tales tendencias al afirmar: “Reconozco que un texto puede tener muchos sentidos, pero rechazo la afirmación que un texto puede tener cualquier sentido” (Eco 1990, 141; Eco 1991; y véase Villalba 2016).

Justamente en su segunda novela *El péndulo de Foucault* Eco nos lleva, en forma metafórica, frecuentemente lúdica y por momentos tenebrosa, a medir los peligros de aceptar visiones conspirativas de la realidad. Aunando géneros literarios, la trama desarrolla cómo, al intentar elaborar un “Plan” a partir de documentos intrigantes, tres amigos crean una parodia de la paranoia interpretativa de grupos diabólicos, con consecuencias irreparables. Habrán de encontrar su muerte a manos de grupos conspirativos que han persistido por siglos intentando un reencuentro y la recuperación de un perdido plan diabólico, que asumen que los tres amigos han descifrado y pretenden ocultar (Bondanella 1997).

En un libro póstumo de ensayos, Umberto Eco establece una diferenciación muy lúcida entre una conspiración o conjura y lo que el filósofo definió como el síndrome del complot que, según Popper, pocas veces logra ser consumado:

Conspiraciones las ha habido siempre, algunas fracasaron sin que nadie se diera cuenta, otras tuvieron éxito, pero en general lo que las caracteriza es que siempre son limitadas en cuanto a finalidades y área de eficacia. En cambio, cuando citamos el síndrome del complot nos referimos a la idea de una conspiración universal (en ciertas teologías incluso de dimensiones cósmicas), por la que todos o casi todos los acontecimientos de la historia son obra de un poder único y misterioso que actúa en la sombra. Este es el síndrome del complot del que hablaba Popper... (Eco 2016).

El criminólogo Erich Goode y el sociólogo Nachman Ben-Yehuda han analizado desde una posición constructivista contextualizada las características de un fenómeno ligado al pensamiento conspirativo: el *pánico moral*. Pánico moral es un concepto acuñado por Stanley Cohen en 1972 y que se relaciona íntimamente con situaciones en las cuales florecen las teorías conspirativas (Goode y Ben-Yehuda 1996; Cohen 1972, 9). El fenómeno se caracteriza por la sensación, ampliamente difundida bajo ciertas circunstancias, de que quienes albergan intenciones diabólicas constituyen una amenaza a la sociedad y al orden moral y que, por tanto, debe hacerse “algo” en contra de esos elementos

malévolos. En situación de pánico moral se identifica un peligro muy serio para los intereses y valores de una sociedad o de ciertos segmentos sociales, se predice un cataclismo a acontecer en caso de que no se reaccione a tiempo y se procede a enfrentar el peligro con decisión y acciones efectivas. Veamos en detalle qué indicadores operan en el desarrollo de tal fenómeno:

- la seria preocupación ante lo que se percibe como una amenaza palpable;
- el sentido ampliamente compartido de que la amenaza es lo suficientemente seria, y puede afectar a los principios sociales y morales como para propulsar una reacción asertiva en contra de tal amenaza;
- la imperiosa obligación de enfrentar nefastas amenazas.

Cuando el pánico moral se fundamenta en una teoría conspirativa, la lucha contra la amenaza se conceptualiza como *una lucha de principios, una confrontación moral de consecuencias cuasi-apocalípticas*, cuyo resultado será positivo o bien nefasto para el futuro de la sociedad o la humanidad.

La mentalidad conspirativa se basa, por tanto, en la confrontación entre dos universos antagónicos opuestos: un universo de fuerzas que operan escondidas tras las bambalinas, urdiendo un nefasto complot y ocultando su malévolos proyecto de la mirada pública; y otro universo, de fortaleza moral, que procura desenmascarar los secretos designios de su antagonista. Se promueve, así, una confrontación “de titanes”. Vale decir, se pondera que los mecanismos ordinarios de vida en sociedad han fracasado y, en consecuencia, se ha abierto, o está por abrirse, un escenario apocalíptico que requerirá medidas de excepción.

En caso de que tal visión genere un estado de histeria colectiva, las teorías conspirativas pueden manifestarse a través de un movimiento social o en una legislación. Sin embargo, ello no ocurre en muchos casos, pues la teoría conspirativa no es igualmente convincente para unificar a sectores sociales divididos por clivajes de clase, etnicidad u otras variables. Así, existen teorías conspirativas que, en principio, pueden proyectarse por décadas y aun siglos, y que igualmente logran proyectarse de sociedad en sociedad.

Contextos diversos favorecen la difusión de visiones conspirativas. En algunos casos, dichas teorías se generan desde el seno de sectores sociales marginados que desafían a las elites y a las concepciones oficiales e institucionales. En otros casos, esas teorías son concebidas por elites y clases dominantes que se sienten amenazadas y que, para mantener su control, recurren a mitos conspirativos como mecanismo de movilización popular, o bien para desviar tensiones hacia un supuesto enemigo interno o externo. A continuación, indicaremos solamente algunas de las condiciones generales que favorecen el surgimiento y difusión de tales teorías conspirativas.

Esas teorías se basan en componentes reales, pero estos son extrapolados hasta alcanzar dimensiones fantásticas e ilusorias, que pierden toda relación con los hechos. Por ejemplo, en Estados Unidos, a mediados del siglo xx, la campaña de fluorización del agua fue rechazada por muchos que —con el argumento de estar protegiendo la salud pública— creyeron que las agencias federales intentaban introducir el socialismo. En forma más específica, quienes

imaginaban estar frente a un plan conspirativo sostenían que el flúor agregado a las aguas permitiría bajar las reservas mentales de las personas, haciéndolas vulnerables a las prédicas socialistas. Vale decir, en el contexto de confrontación entre el mundo occidental y el bloque comunista durante la Guerra Fría, se sumaba la desconfianza de amplios sectores respecto de la integridad y capacidad de las instituciones. En un país que se preciaba de profesar un individualismo a ultranza, muchos norteamericanos estaban convencidos de que la campaña de fluorización tendría un resultado nefasto. Ya fuere porque las agencias federales ocultaban el objetivo real de sus acciones, o bien por su ineficiencia y penetración por conspiradores, los ciudadanos temían verse afectados en su vitalidad, salud mental y estilo de vida.

Es indudable, escribía Hofstadter, que los científicos podrían llegar en el futuro a cambiar su consenso respecto de las ventajas de introducir flúor a las aguas. Pero la teoría conspirativa iba más allá, llegando a sospechar un ardid de las elites que intentarían subyugar la resistencia del pueblo. Así, en esa visión conspirativa, el flúor no era sino un mecanismo diseñado para doblegar el libre albedrío de la población norteamericana. Según el historiador, se trataba de un ejemplo más entre muchas teorías conspirativas surgidas “desde abajo hacia arriba” en la sociedad. Ello formaba parte de lo que Hofstadter definió como un “estilo político paranoico” que resurgía intermitentemente en Estados Unidos, propio de una sociedad cuyo credo popular ha sido proclive a un individualismo extremo (Hofstadter 1963; véase también Hsu 1983).

Por otro lado, la teoría conspirativa puede surgir de los círculos de poder, procurando desviar tensiones y conflictos sociales hacia un enemigo interno o externo, para mantenerse en el poder y superar protestas sociales. Un ejemplo clásico lo constituyen los fraudulentos *Protocolos de los Sabios de Sion*, verdadero mito transformado en una teoría del complot. Tal como ha sido analizado en forma minuciosa por el historiador británico Norman Cohn en su libro *El mito de la conspiración judía mundial*, durante los años de decadencia del imperio zarista en Rusia en el siglo XIX, contrarrevolucionarios y autores con identidades fraguadas adaptaron un libelo demonológico de origen medieval contra los judíos para formular el mito de gobierno judío mundial, un plan conspirativo cuyas consecuencias serían catastróficas al haber sido adoptado por el nazismo:

Según ese mito, existe un gobierno secreto judío que, mediante una red mundial de organismos y organizaciones camuflados, controla partidos políticos y gobiernos, la prensa y la opinión pública, los bancos y la marcha de la economía. Se dice que el gobierno secreto hace todo eso conforme a un plan secular y con el único objetivo de lograr que los judíos dominen el mundo entero, y también se dice que se está acercando peligrosamente al logro de ese objetivo (Cohn 1983, 19).

El libelo *Protocolos de los Sabios de Sion* fue precedido en 1797 por un escrito del abate Barruel, que aducía que la Revolución Francesa era culminación de

una conspiración de una sociedad secreta, la Sociedad de los Templarios. Esta no habría sido exterminada como afirmaban los historiadores. Por el contrario, siguió existiendo en la clandestinidad, logrando controlar en el siglo XVIII a la masonería y a una academia literaria que socavó la moral y religión de los franceses hasta que finalmente logró derrocar a la monarquía. Según esa visión mítica, sus verdaderos líderes eran los iluminados bávaros² a quienes los francmasones y jacobinos supuestamente obedecían de manera ciega. Si no se frenaba su proyecto, los conjurados llegarían a dominar el mundo. Barruel entró en comunicación con otros individuos que, compartiendo el temor, consideraban que otros sectores urdían la conspiración contra la religión católica y la civilización occidental. Fue entonces cuando nació el mito de la conspiración judía mundial en la forma de una supuesta revelación de boca de los propios “Sabios de Sion” (Cohn 1983, 23-29).³

Los *Protocolos de los Sabios de Sion* circularon en distintas versiones por todo el mundo y se distribuyeron en millones de ejemplares durante las décadas de 1920 y 1930, siendo propagados por políticos y publicistas ultraconservadores que usaron deliberadamente el mito de la conspiración judía en su combate contra sectores progresistas. En 1881, el asesinato del zar Alejandro II en Rusia, la última monarquía absolutista de Europa y el “mayor baluarte de la oposición a las tendencias liberalizantes y democratizantes, relacionadas con la Revolución Francesa”, abrió la estrategia de propagar desde arriba el mito, adoptando políticas antisemitas. Tales políticas xenófobas fueron concebidas como un mecanismo que permitiría encauzar el descontento popular hacia un supuesto enemigo estigmatizado, desviándolas de las estructuras opresivas del poder zarista:

La persecución se realizó en parte con medidas administrativas —por ejemplo, mediante la expulsión de los judíos de las zonas rurales, al mismo tiempo que se les impedía encontrar empleo en las ciudades— y en parte mediante pogromos con patrocinio oficial. Aquellos métodos tuvieron tanto éxito que hubo períodos en que los judíos rusos emigraron a un ritmo de 100.000 personas al año, en su mayor parte a los Estados Unidos de América (Cohn 1983, 53; véase también Michelis 2004).

² Los Iluminados Bávaros eran una sociedad fraternal de intelectuales dedicados al análisis racional de la política y de la sociedad. Fundada en 1776, contaba entre sus miembros a destacados filósofos y políticos. Su involucramiento en distintos movimientos destinados a cambiar las relaciones de poder en Bavaria hizo que se la viera con sospecha y tildara de criminal.

³ Cohn destaca lo ridículo de la afirmación que la Revolución Francesa fue el producto de una conspiración iniciada en el siglo XIV. Los iluminados bávaros no fueron masones sino enemigos de la masonería y hacia 1786 ya se habían disuelto. Por otra parte, durante la revolución, casi todos los masones eran católicos y monárquicos, por lo cual en la época del Terror se los persiguió y centenares de ellos fueron sentenciados a muerte.

La idea fuerza del complot judío que se lee en los *Protocolos de los Sabios de Sion* fue utilizada para interpretar la Revolución Rusa en 1917 en clave de conspiración. Esa revolución, explicó León Poliakov, “fue entendida desde la propaganda zarista como el resultado de un complot judío. Era un intento de desprestigiar a los revolucionarios, que, desde el punto de vista de la historia, no se puede mantener, ni se mantiene, pero que hasta 1920 fue seriamente discutido. De hecho, esta idea fue recorriendo Europa, de país a país, hasta cuajar en el nazismo” (Poliakov 2015 [c. 1980], cap. 4).

Al ligarse a la ideología germánica y su visión populista *völkisch*, tales visiones conspirativas reforzaron teorías racistas promovidas intensamente dos generaciones más tarde por los nazis a fin de conquistar el poder pretendiendo desenmascarar al enemigo interno en los judíos como los supuestos responsables de los problemas del pueblo alemán bajo la República de Weimar. El ocultismo racista del Tercer Reich, que declaró la guerra a todo el pueblo judío y no solo a los judíos de Alemania, debe diferenciarse de aquellos cultos esotéricos y delirios místicos que Pauwels y Bergier en *El retorno de los brujos* (1968) atribuyeron a la cúpula nacional-socialista.

Frente a la teoría de la evolución, el psicoanálisis y el comunismo, en el período que va de mediados del siglo XIX a fines de la Primera Guerra Mundial, surgieron movimientos que confrontaron el pensamiento racionalista y materialista con visiones ocultistas orientales. Lectores occidentales fueron atraídos por narrativas sobre sociedades secretas y esotéricas, como la Orden de Thule, que utilizaba ritos *con sacrificios animales, orgías, sadismo y flagelaciones*. Según los autores, a través de contactos con quienes participaban en esas sociedades secretas y hacían suyas sus teorías paranoicas, Hitler se habría convencido de la necesidad de deshacerse de los enemigos internos, en especial de los judíos, a quienes acusaban de trabajar en secreto supuestamente para debilitar la fortaleza de la nación alemana (Pauwels y Bergier 1968). Las políticas represivas y la propaganda del régimen nazi lograron anestesiar la sensibilidad de gran parte de la ciudadanía alemana y europea ante la brutalidad extrema, los masivos crímenes de lesa humanidad y el genocidio sistemático de millones de seres inocentes. En tiempos de la República de Weimar el caldo de cultivo para la propagación de mitos conspirativos fueron la profunda crisis socioeconómica, la amenaza de las fuerzas revolucionarias y las concepciones racistas de la extrema derecha. Mediante su propaganda racista y nacionalista, los nazis magnificaron una teoría conspirativa creída masivamente y prepararon el terreno para la movilización popular masiva para la guerra de conquista mundial y el genocidio.

Ahora bien, el “falso negativo”, es decir, esa tendencia a creer en una conspiración que no existe, al ser “desenmascarada” parece asumir visos de realidad, no ha sido privativa de los regímenes totalitarios. También en las democracias, tal como el filósofo Karl Popper analizó, el falso negativo es aceptado bajo ciertas condiciones. A menudo, intelectuales y activistas han hecho suyas creencias aceptadas por el pueblo, sin verificación alguna y prescindiendo de un examen crítico del conocimiento.

Toda teoría conspirativa articula una narrativa sobre el poder, referida a situaciones reales en las que existe una distribución desigual del poder y acceso diferencial a recursos, servicios y beneficios. En particular, suelen generarse miradas conspirativas en situaciones de cambio profundo en las estructuras socioeconómicas, políticas, demográficas o étnicas, que causan desasosiego, ansiedad y aun pánico entre quienes sufren sus efectos. La realidad política y socioeconómica no es interpretada en toda su complejidad, sino se la simplifica en términos de oposiciones maniqueas. En lugar de adoptar explicaciones estructurales —por ejemplo, tomando en consideración estructuras de clase o proyectos ideológicos hegemónicos— se lanzan teorías conspirativas con énfasis en el voluntarismo de los conjurados que urden su plan de desestabilización y dominio. Es importante destacar que la incompleta y anecdótica base fáctica de las teorías conspirativas conduce a conclusiones especulativas. En la base de las teorías conspirativas existe a menudo una combinación entre la amplia desconfianza popular junto con una sana voluntad de intentar obtener información fidedigna sobre procesos de cambio, incomprensibles para quienes sufren sus efectos (véase Fenster 1999, McCaffrey 2012).

No por acaso, la modernidad ha sido un motor fundamental en la génesis y difusión de teorías conspirativas orientadas a descubrir y extirpar los “demonios internos”, vale decir las fuerzas malignas a las que se les atribuye haber causado cambios profundos en la textura social, económica y cultural. Pero la lógica del fabulador conspiracionista asimismo ha llegado hasta nuestra época global. Así, los ataques contra los valores éticos y epistémicos de la Ilustración también se reflejan en visiones conspirativas de ciertos pensadores de la tardía posmodernidad (Domenech 2004).